

**La literatura, esa sombra que baila en los márgenes del logos  
Reflexiones acerca de los vínculos entre literatura, filosofía y ciencia**

**Lic. Anahí C. Lawrynowicz  
Universidad del Salvador**

**Resumen**

Tradicionalmente, la literatura ha sido confinada al ámbito de la divagación imaginaria, otorgándole el signo negativo de una “facultad falsificadora de la verdad”. Sin embargo, un significativo conjunto de textos literarios y filosóficos contemporáneos desafían ese habitual prejuicio, advirtiendo que la literatura constituye un modo de conocimiento liberado de los lazos logocéntricos con la verdad y la Razón.

A partir de la lectura de relatos breves de Ítalo Calvino, el presente trabajo ofrece algunas reflexiones acerca del estrecho vínculo entre ciencia, filosofía y literatura, y de cómo ésta última brinda la posibilidad de de otro modo que en formas lógico-filosóficas.

Los artistas, especialmente los poetas, no tienen lugar en esta tierra; y no deben tenerlo. Ya lo advirtieron ciertos maestros de la claridad; algunos incluso llegaron a sentenciar que en la deseada armonía de la *polis* no deber quedar sitio para quienes cuestionen la *ley*. Sin embargo, el peso de los hechos transforma el verbo, y donde se dijo “debe” se dirá “debería”. No *debería* haber espacio para la ruptura de la ley; y aún así, innumerables formas de transgresión a la legalidad están aquí y conviven con nosotros, aunque sean confinadas a la marginalidad. Reina en la *polis* y entre los hombres dignos de ser llamados hombres, Apolo: portador del don del equilibrio, la verdad, la justicia; enfrentado a su reino ideal del laurel y el sol, irrumpe el extranjero, el marginal, Dioniso, afirmando la certeza del desorden y la desmesura. Dos impulsos, dos tendencias que conviven en mundos quizás opuestos, pero complementarios.

Y donde existen opuestos, existe el conflicto. Especialmente cuando el problema radica en pensar la naturaleza de las relaciones entre opuestos, sobre las funciones y dinámicas de dichos vínculos. Pero justamente en esa brecha que se impone para separar a los antípodas, surgen algunas de las preguntas que más inquietan y estimulan la reflexión: ¿cuál es el límite que separa a los opuestos? ¿Quién o quiénes lo definen; quiénes defienden o rechazan esa frontera, por qué, para qué, desde y hacia dónde? ¿Existe tal frontera, o es más bien un pasaje, una necesidad, una condición de identidad? Las dicotomías, las antinomias, ¿son imprescindibles para construimos una representación del mundo y sus fenómenos? ¿Cuál es el límite de este mundo que se resiste a ser representado? ¿Existe tal límite? Las diversas y múltiples representaciones del mundo, ¿no son acaso también parte de él? Y entre todas esas innumerables representaciones, ¿cuáles son legítimas y cuáles no?, ¿habrá algunas verdaderas y otras, en cambio, falaces, que por improbables deberán reservarse al ámbito de lo marginal? ¿O tal vez cada representación posible del mundo guarda su cuota de verdad? Algunos pensadores del antiguo Occidente hubiesen asegurado que no, que la “verdad” es patrimonio de algunas praxis específicas de la polis, y que las representaciones -pertenecientes al ámbito de los simulacros, donde la verdad se disuelve en la medida en que se aleja del fenómeno y deja en evidencia el artificio- son sombras de la verdad, espectros más o menos censurables según el caso. Y en definitiva, ¿qué lugar le cabe a la literatura entre todas esas representaciones?, ¿qué posición puede o debe ocupar en relación a lo verdadero, si es que puede hablarse de tal cosa? Las representaciones literarias, ¿son menos verdaderas y legítimas que otras?

No son pocos los autores que han llevado estas preguntas al interior de sus textos. Es el caso, por ejemplo, de Ítalo Calvino, en cuya obra literaria y ensayística se hace presente el debate en torno a las inquietudes mencionadas. En sus volúmenes de cuentos *Tiempo Cero* y

*Las Cosmómicas*, como en ningún otro texto de su vasta obra, se ha internado profundamente en la problemática relación entre el discurso literario y los discursos tradicionalmente considerados legítimos y racionales, como son el de la ciencia y el de la filosofía. En conjunto, los relatos que tienen como protagonista al enigmático Qfwfq, se valen de una misma estrategia básica: partir de un fragmento de discurso científico o filosófico para trasladar sus respectivas hipótesis al plano lúdico del discurso literario, donde, como en varias ocasiones ha planteado Blanchot, “ningún imposible está vedado”. La estrategia de reescribir un mismo planteo modificando las condiciones de posibilidad de los discursos en juego permite: 1) dejar al descubierto el carácter de representación simbólica de los discursos en cuestión; 2) el particular diálogo que se establece entre el texto reescrito y el texto que se reescribe hace que ambos se afirmen y nieguen simultáneamente, de tal modo que las certezas de uno y otro tambalean el ponerse en contacto con la incertidumbre que el “reflejo” les impone; y 3) evidenciar el carácter performativo y no meramente enunciativo de la escritura literaria, desde el momento en que se presenta como un espacio donde puede realizarse aquello que en otros ámbitos del discurso no podría ocurrir ni tampoco representarse.

“La reescritura se parece a un espejo extrañamente biselado en su función reflejante” [pues] “reescribir es realizar la experiencia de una curiosa incertidumbre” (Laurette 1986). Por ser representación de otra representación, permite que cierta verdad postulada bajo determinadas condiciones discursivas se vaya disolviendo a medida que se pone en contacto con otras condiciones de posibilidad. Al epígrafe que inaugura el relato “Todo en un punto”, según el cual determinados cálculos permitirían establecer el momento en que toda la materia del universo estaba concentrada en un solo punto, el narrador protagonista sumará la posibilidad de una conciencia que percibe y experimenta ese momento único e inasible:

Naturalmente que estábamos todos allí –dijo el viejo Qfwfq- ¿y dónde si no? Que pudiese haber espacio, nadie lo sabía aún. Y el tiempo, ídem: ¿qué queréis que hiciéramos con el tiempo, allí apretados como sardinas? He dicho “apretados como sardinas” así, por usar una imagen literaria: en realidad no había espacio ni siquiera para estar apretados. Cada punto de cada uno de nosotros coincidía con cada uno de los puntos de los demás en un único punto que era aquel donde estábamos todos (Calvino 1997: 57).

Aquí, en relación a la inquietud sobre el vínculo entre el mundo que se resiste a ser representado y las representaciones que de él hace o puede hacer la literatura, se ensaya una posible respuesta: frente la pesadez y la compacidad del mundo, el hacer de la escritura literaria da lugar a lo que el propio Calvino denomina *levedad*, que ya no entiende a la racionalidad como única vía de acceso a la comprensión y el conocimiento, ofreciendo un ejemplo de cómo el lenguaje y las posibilidades de representación de la racionalidad y de la escritura literaria se sustentan sobre diferentes condiciones de posibilidad. Dice Calvino:

la levedad es algo que se crea en la escritura, con los medios lingüísticos propios del poeta (...), que se alza sobre la pesadez del mundo, demostrando que su gravedad contiene el secreto de la levedad”. Aligeramiento del lenguaje, un decir-otro que se cuele en la “poesía de las infinitas potencialidades imprevisibles (...) que nacen de un poeta que no tiene dudas de la fisicidad del mundo (...) [en un espacio donde] todo puede transformarse en nuevas formas (...) [pues aquí] el conocimiento del mundo es la disolución de la compacidad del mundo (1989: 22-24).

El hacer de la escritura no se guía por la intención ni el deseo de representar al mundo tal cual es, ni por develar la verdad de un fenómeno que esté oculto bajo ciertas apariencias engañosas para la percepción. Mostrando el mundo como podría ser o como podría haber sido,

la escritura literaria permite realizar lo improbable y nos invita a pensar en ello, ofreciéndonos por ejemplo la representación de figuraciones espacio-temporales contradictorias, irrepresentables de acuerdo a otras condiciones de posibilidad. En el caso del fragmento citado, la subjetividad que percibe el tiempo y el espacio es anterior a la existencia de cualquier forma espacio-temporal y de cualquier conciencia subjetiva posible. Algo inconcebible si se piensa que ninguna conciencia puede ser capaz de elaborar percepciones del mundo fuera del espacio-tiempo, pues todo lo que se presenta a la percepción del sujeto lo hace bajo determinada forma espacio-temporal, incluso la propia subjetividad. Sin embargo, en el relato puede suceder de otro modo.

Allí, un sujeto como un punto. Punto inconcebible que es al mismo tiempo su cuerpo y el cuerpo de todos los otros que conviven con él en el punto; y también el conventillo donde habitan los demás cuerpos del vecindario. Único punto en el espacio donde, paradójicamente, habitan emigrados. Punto como único espacio posible que es, a la vez, negación del espacio. Suspendido en un tiempo sin tiempo en el cual, también paradójicamente, ocurren hechos que son narrados en la línea temporal del recuerdo, plagada de escansiones, y en la línea cronológica de los sucesos. Y mientras tanto, el deseo que irrumpe y finalmente desencadena la existencia concreta del tiempo y el espacio:

-Muchachos, si tuviera un poco de espacio, cómo me gustaría haceros unos tallarines!- Y en aquel momento todos pensamos en el espacio que ocuparían los redondos brazos de ella moviéndose hacia delante y hacia atrás con el rodillo sobre la lámina de masa, el pecho de ella bajando lentamente sobre el gran montón de harina y huevos que llenaba la ancha tabla de amasar (...) Y en el mismo momento de pensarlo, ese espacio inconteniblemente se formaba. Un verdadero impulso de amor general, dando comienzo a la vez al concepto de espacio y al espacio propiamente dicho, y al tiempo, y a la gravitación en general, y al universo en gravitación (1997: 61-62).

Como vemos, a partir de estrategias tales como la de la reescritura, el hacer de la escritura literaria permite cuestionar y a la vez reelaborar las fronteras y las condiciones de la representación. Las condiciones de la racionalidad –como ocurriría, por ejemplo, en relación a los discursos científico y filosófico- y las infinitas posibilidades que pueden tener lugar y ser representadas en el aligeramiento de tales condiciones –como ocurre en el discurso literario- se ponen en juego para poder hablar incluso de aquello que no podemos concebir. Como se ha dicho ya, no es posible acceder a una experiencia del mundo y sus fenómenos prescindiendo de categorías cognoscitivas fundamentales como son el tiempo y el espacio. Éstas resultan, a priori, imprescindibles para estructurar nuestra experiencia del mundo, de los fenómenos y de la propia subjetividad. Sin embargo, la reflexión aquí expuesta se orienta a advertir de qué modo, en la levedad de dichas categorías propia de la representación poética, se pone al descubierto la naturalidad con que suelen darse por hecho; de tal manera que, sin la intención de explicar o dilucidar nuestra experiencia efectiva del tiempo y el espacio, la literatura ofrece otra forma de representarla, otra vía de comprensión y otra posibilidad que contraponer a las evidencias del conocimiento racional.

Usualmente, se tiende a creer que el conocimiento verdadero o legítimo se limita al ámbito de lo que puede ser cubierto por el dominio de la Razón; más allá de lo que la Razón puede llegar a comprender, se extendería el ámbito marginal de todo aquello que no-es. No obstante, ni siquiera la Razón misma puede dejar de preguntarse por lo que está más allá de sí, ¿qué hay allí donde no hay nada?, ¿qué es aquello que no es?, ¿puede haber algo allí donde no hay nada? En este punto, podría pensarse –incluso coincidiendo con cierta corriente racionalista- que queda libre a la imaginación la posibilidad del entendimiento para lo que no puede concebirse ni explicarse más que con el lenguaje de la representación propio del poeta; aquel lenguaje que insiste en hablar desde los márgenes de la racionalidad, donde irrumpe

aquello que no-es y que sobrepasa al entendimiento racional, pues sus categorías cognoscitivas ya no pueden contenerlo.

De hecho, y violentando aún más las posibilidades de representación, en el mismo relato “Todo en un punto” llegan a subvertirse las relaciones entre el sujeto y el mundo, pues, como vimos, el mundo mismo y sus fenómenos surgen como consecuencia de la sensibilidad del sujeto que narra y de la pulsión de su deseo; son el efecto que se desprende de su imaginación, con lo cual el mundo ya no es el que precede a la percepción. La imaginación alimenta el deseo y simultáneamente crea, de forma incesante, un mundo, hecho de nuevos objetos de deseo: la harina, la tabla los brazos para amasar, el sol y el agua para alimentar el trigo, las nubes para formar el agua, las estrellas, las galaxias, los planetas... Pero, como se ha visto más adelante, también se subvierte la relación del sujeto consigo mismo, pues, siendo él mismo el único punto que existe entre todo lo que no-es, será a la vez sujeto-espacio-tiempo y todos los otros sujetos-espacios-tiempos posibles.

Como ha señalado Foucault a propósito del sujeto cartesiano, fundado a partir del pensamiento racional y de su conocimiento del mundo y de sí mismo a partir de la Razón, “[el discurso del “pienso”] *conducía en efecto a la certidumbre indudable del Yo*” (1993: 13). Pero en el espacio literario, donde el hacer de la escritura se niega a ser sometido por la soberanía del *logos*, la imaginación propia del hacer de la escritura literaria aparece como vía alternativa para el conocimiento del mundo y sus fenómenos, reales o no, existentes o potenciales. Esto nos planta ante la contradicción, ante la paradoja, ante numerosos simulacros: ante lo que es, lo que podría ser y lo que no-es. De tal manera, la representación literaria

forma un discurso que se presenta sin conclusión y sin imagen, (...) sin afirmación, independiente de todo centro, exento de patria como el afuera hacia el que habla y fuera del que habla. Como palabra del afuera, acogiendo en sus palabras el afuera al que se dirige, este discurso se abrirá (Foucault 1993: 29).

Se abrirá sin centro ni periferia, desde el margen del *logos* y haciendo tambalear su centro, abriendo el juego de las incertidumbres, del pensar de otro modo-otro tiempo-otro espacio. Como señala Cacciari, el hacer de la escritura, desafiando toda limitación, supone una “*forma específica del hacer*” (2000: 3) que desprecia tanto la *doxa* y las antinomias como cualquier condena a la limitación o la imposibilidad de la representación.

Un lenguaje sin Razón ni identidad; y por lo mismo, un lenguaje sin *verdad*. El hacer de la literatura aparece como una *praxis* que demuestra ostensiblemente el carácter inalcanzable de una verdad, y su condición precaria por ser representación de algo que se resiste a ser representado de forma categórica. Atreviéndose a representar según otras condiciones lo que no puede ser sometido a conceptos, la poesía, el hacer de la escritura literaria, habla “por fuera del lenguaje”, por fuera del *logos* a cuyo dominio no se deja sujetar; “*el texto no es ya la expresión o la representación (acertada o no) de alguna verdad*” (Derrida 1975: 393). Y allí, en ese vacío de un lenguaje sin certidumbres, sin verdad, la escritura insiste y continúa hablando de lo que no-es. Quizás porque, recordando nuevamente a Blanchot, “*escribir es hacerse eco de lo que no puede dejar de hablar*” (1992: 21). Y está claro que, por debajo del silencio que les impone el discurso de la racionalidad, existe una incontable cantidad de razones que, aun sin verdad ni identidad ni lenguaje, reclaman ser dichas.

Indudablemente, ciencia, filosofía y literatura están formadas de una materia común: el lenguaje. Y aunque con diversos modos y persiguiendo diferentes fines, construyen sus respectivas representaciones del mundo y sus fenómenos en lo conjetural, en lo hipotético, compartiendo lo común de sus respectivos afanes de comprensión. Cada una, con sus diferentes condiciones de posibilidad y sus modos de representación, roza zonas de lo humano cuyo fondo no podrán alcanzar ni contener completamente. Siguiendo a Calvino en sus reflexiones sobre el hecho literario, podríamos reconocer que

en algunos casos la literatura puede servir de muelle propulsor para el científico: como ejemplo de valor en la imaginación, para llevar una hipótesis hasta sus extremas consecuencias, etcétera. En otros, puede suceder lo contrario (1989: 213).

Así pues, aunque en la deseada armonía de la *polis* no haya un lugar más que marginal para quienes transgredan la ley del *logos*, las “verdades” improbables e inconcebibles de la representación literaria nos enfrentan constantemente con la incertidumbre, obligándonos a repensar aquello que tomamos por cierto. El efecto performativo que tienen sobre el lector textos como los de Calvino, abren un espacio donde efectivamente puede realizarse aquello que de otro modo no podría ocurrir; y nos invitan a cuestionar incluso las condiciones de nuestro entendimiento. Lo inconcebible, lo improbable, lo que no-es, aunque confinado a los márgenes, insiste en despertar la incertezas y repensar las certidumbres. Tal vez porque la aventura de transitar los mares no le debe su fortuna a los innumerables barcos, sino a la agitación de las aguas.

### **Bibliografía**

- Blanchot, Maurice. (1992) *El espacio literario*, Barcelona, Paidós.  
Cacciari, Massimo. (2000) *El dios que baila*, Buenos Aires, Paidós.  
Calvino, Ítalo. (1997) *Las Cosmicómicas*, Barcelona, Minotauro.  
Calvino, Ítalo. (1993) *Tiempo Cero*, Barcelona, Minotauro.  
Calvino, Ítalo. (1989) *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela.  
Calvino, Ítalo. (1995) “Dos entrevistas sobre ciencia y literatura”. *Punto y Aparte. Ensayos sobre literatura y sociedad*, Barcelona, TusQuets.  
Derrida, Jaques (1975) *La Diseminación*, Madrid, Fundamentos.  
Foucault, Michel. (1993) *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-Textos.  
Laurette, Pierre. (1986) *A la sombra del pastiche: la reescritura –autonomía y contingencia-*. *Mimeo de la cátedra “Análisis y Crítica II”*, UNR, Rosario.